

defiende la tolerancia civil, sino que combate la intolerancia dogmática. El templo para él es como una biblioteca donde se puede ir ó no ir á estudiar. Con todo, á la biblioteca no se va los domingos. El sacerdote es un médico, y si anatematiza al incrédulo, es semejante á un médico que matase á su enfermo porque no queria tomar las medicinas. Pero M. Franck debiera advertir que los médicos no vuelven por casa del enfermo que no toma sus medicinas, aislan á los contagiados y ponen la camisa de fuerza á los frenéticos y atacados de hidrofobia. Esta teoría la toma de Marcilio de Padua, con quien se conforma: ¡escelente filosofía!

Suele decirse que no hay libro malo que no tenga algo de bueno: M. Franck, al combatir el sistema americano, hace una pintura sarcástica de él, que bien merece el ser conocida por los aficionados al indiferentismo religioso (1). "Toda persona, dice, siempre que tenga provecho en ello, se improvisa como teólogo, predicador (2), ministro de un culto cualquiera, y se da en espectáculo en un bazar ó en una granja, decorados con el nombre de *templo*. Esta industria suele ser la última á que se dedican los que no han tenido suerte en otras empresas, ó comerciantes arruinados que proporcionan así el sostenimiento á sus familias."

"La religion en los Estados-Unidos, como que no está sometida á ninguna autoridad que la contenga en los límites de su mision, no solamente participa de todas las pasiones de la multitud, sino que las sostiene y escita (3). . . . ¿Será preciso hablar de las sectas que estallan cada dia en los Estados-Unidos, y que reunen á la escentricidad de la raza anglo-sajona el descaro proverbial de aquel pais? Estas sectas han llegado á ser innumerables, y muchas, como la de los *shakers* ó *danzantes*, que nada tienen de humano, cuanto menos de cristiano. Para un hombre como Channing encontrareis millares de fanáticos ó charlatanes, que llevan á cabo la perversion moral y religiosa de una nacion entregada al interés y á las pasiones violentas de una independencia salvaje. Citaré solo al famoso Jose Smith, el fundador de la secta de los mormones."

No concluiré este párrafo sin hablar de otro delirante, que en la misma coleccion (4) viene cantando la caida del Cristianismo

(1) Pag. 11.

(2) Es cierto: en un regimiento, durante la última guerra se presentó de capellan un sugeto á quien conocieron varios oficiales por haber sido manco de una peluquería de Nueva-Yorck, donde iban á afeitarse varios de ellos.

(3) Habla en seguida de los mormones.

(4) *Odyse Barot, Lettres sur la philosophie de l'histoire*. En el preámbulo, Emilio Girardin reprueba el estudio de la historia en los institutos, porque los cate-

y la desaparicion de toda intolerancia, concluyendo con esta frase su pretendida *Filosofía de la historia*, que ni es filosofía ni es historia: *La grande république industrielle remplacera peut-être le sceptre échappé depuis long temps de mains debiles de la Papauté*.

Son palabras fáciles de entender, por lo que las dejo conforme están en el original (pág. 193, penúltima del libro). Por desatinadas que sean estas ideas, conviene conocerlas. A veces los locos y los delirantes revelan proyectos ocultos.

§. 38. No existe solidaridad religiosa entre las naciones.

Se ha querido establecer una especie de responsabilidad moral entre todas las naciones, de modo que unas paguen las deudas de las otras, y haya derecho á tomar represalias contra las que no obren determinadamente en cierto sentido político, que convenga á la generalidad. Hay en esto cierto fondo de verdad, pero mezclado con grandes exageraciones y aun absurdos.

Si la generalidad de las naciones admite un derecho fundado en la utilidad recíproca, y algun pais se niega á cumplirlo, tendrán derecho los restantes á escluirlo á él de los beneficios y utilidades de su alianza, á no comunicarse con él, no solamente en aquel asunto, sino en otros análogos. Este principio no es otra cosa que la elevacion del derecho privado á derecho público. Si en un pueblo, familia ú oficina se establece una Sociedad de socorros mutuos, por ejemplo, el que se niega á pagar los dividendos, ni participa de los beneficios, ni toma parte en los acuerdos de las juntas. El usa de su libertad, y los demás de la suya; ni él comunica con ellos en soportar las cargas, ni los otros con él en la participacion de beneficios. Esta es precisamente la base de la escomunion cristiana, sencilla y filosófica, y que da lugar á tantas declamaciones por sugetos que, en sus pobres cabezas, no pueden comprender que haga la Iglesia lo que hace cualquier Sociedad de socorros mutuos ó de accionistas para la explotacion de minas.

Pero querer ampliar estos principios al derecho general, al derecho público y á las relaciones entre paises independientes, y sobre todo en materias religiosas, es un absurdo; mas este absurdo se ha querido establecer y aplicar en grande escala con respecto á la libertad de cultos. El mismo conde Monta-

dráticos de ella *les vuelven los ojos al cogote*. *L'histoire qu'on vous apprend...vous met les yeux derrière la tête*. (Ibidem, pág. 200.)

Pero, ¡qué culpa tiene la ciencia de que algunos profesores franceses, en vez de enseñar *historia*, enseñen *política socialista*?

Una cosa es la ciencia, y otra el abuso de la ciencia.

lembert la quiso establecer en su célebre discurso, que se insertará mas adelante, y á continuacion de él la consignó en la misma sesion el conde Foucher de Careil (1). Concretándole al Catolicismo, como lo hizo este caballero en su brillante peroracion, tiene algo de verdad, pues las naciones católicas tienen unidad de pensamientos, de Religion, de direccíon; son todas, por decirlo así, *homónimas*. Pero ¿puede estenderse esta solidaridad del Catolicismo, unitario por esencia, al Cristianismo con sus mil sectas, sectas disidentes, discordes, sin lazo, sin trabazon, sin fijeza, especie de Proteos, que mudan de forma á cada momento?

Y cuenta que en el Cristianismo se comprenden, no solamente las mil y mil sectas protestantes, desde el anglicanismo, que tiene su gerarquía casi como la Iglesia católica, hasta los kuákeros blancos y kuákeros negros, en que todos son sacerdotes y sacerdotisas, sino tambien todas las comuniones cismáticas del Oriente, desde la griega cismática de Rusia, hasta de los abisinios, y el llamado por nuestros mayores el *Preste Juan de las Indias*. Y aquí está uno de los flacos del discurso del conde Foucher, lleno de invectivas contra Rusia y de sentidas quejas á favor de Polonia. Aceptando todas las diatribas contra el *buitre ruso*, que devora las entrañas de aquella nacion magnánima, especie de Prometeo católico, no puede menos de estrañarse que el señor conde no tuviera ni una frase de dolor para la desgraciada Irlanda, para ese pais devorado por el *leopardo inglés*, que si no es un *buitre* que devora las entrañas de Irlanda, es una fiera que la despedaza y *dispersa* sus miembros por toda la superficie del globo. Cosas se pueden echar en cara á Inglaterra en esta parte, que en verdad no se dirán contra Rusia.

¿Por qué, pues, al hablar de esta solidaridad, clamar tan acerba y tan justamente contra Rusia y callar tan sistemáticamente con respecto á Inglaterra? La razon es bien obvia. Uno y otro conde hallan el origen del alma en la política: en que Rusia no sea liberal, en que su gobierno sea absoluto; pero en el momento en que en sus discursos hubiese un párrafo relativo á Irlanda, todo el artificio venia á tierra, todas sus razones y argumentos se evaporaban, y el auditorio diria: "Tan tiránica es la conducta de Inglaterra liberal con Irlanda, como Rusia despótica y absoluta con Polonia;" luego el origen del mal no está en el error político, sino en el error religioso. De aquí ese silencio sistemático y calculado con respecto á Irlanda, que

(1) *Discours de la solidurité des peuples et la persistance de l' esprit national:* quinta sesion dia 20 de agosto, pág. 190 del tomo de *La Asamblea general de católicos en Bélgica*.

por cierto debió pocas simpatías al primer Congreso de Malinas, donde se habló mucho de Polonia, pero nada ó casi nada de Irlanda. *C'ur tam varié?*

Al hablar allí tambien de la pretendida solidaridad, se repetian las palabras del P. Lacordaire: "¡Católicos, donde vosotros mandais, dad libertad de cultos á los disidentes, para que estos, en sus respectivos paises, la den á los católicos!"

Parafraseadas estas palabras de una manera un poco dura, pero exacta, y en un concepto, que no quiso decir el conde de Montalembert, pero que dicen los protestantes, podríamos comentarlas de este modo:

—Beatísimo Padre: conceded en Roma libertad de cultos á todos los protestantes, y sus respectivas sectas, á todos los griegos cismáticos y aun á los mismos kuákeros, si quieren establecer junto al Vaticano algun templo donde puedan bailar, temblar y recibir al Espíritu Santo por un par de libras esterlinas. Sí, porque de poco servirá que España, Portugal, Austria, Baviera y demás paises católicos den franquicias al error, al ateísmo y á la herejía, si no las dais Vos mismo, y no planteais en Roma la *Iglesia libre en la Roma libre*. Sí, Beatísimo Padre, tampoco Vos teneis Estado libre. Es verdad que el Estado libre de Mazzini y Cicerobachio asesinó á M. Rossi, vuestro ministro, á monseñor Palma, y trató mas de una vez de asesiar á Vuestra Beatitud; pero no importa. Todo es hasta acostumbrarse. Es cuestion de unos trescientos años. Si vuestros antepasados hubiesen dejado obrar á Arnaldo de Brescia y al tribuno Rienzi, ya estaria todo arreglado.

No os asuste, Beatísimo Padre, que los protestantes construyan dentro de la misma *Ciudad Leonina*, y cabe el Vaticano, otro Vaticano protestante, que, por burlarse del vuestro, tenga diez metros mas de longitud y cuatro mas de latitud, á fin de decir que el Vaticano protestante de Roma es mayor que el Vaticano Papista. Todo esto seria hasta acostumbrarse. En Roma hay fuera de la puerta del Pópulo un local donde, desde el tiempo de la dominacion francesa, se reunen los protestantes para su culto. Pero esto no basta: es preciso que les permitais abrir las ventanas de ese edificio, construir otros mayores y mas elegantes, pener inscripciones anticatólicas sobre sus puertas, hacer desprecios públicos á vuestras procesiones, á vuestros ritos, á vuestras solemnidades. Ellos no creen en vuestros dogmas; debéis dejarlos que los desprecien. Si al salir Vos al balcon del Vaticano á dar la bendiccion *Urbi et orbi*, una docena de protestantes ingleses y otra de renegados italianos se queda con el sombrero puesto y os da una silba, no importa, debéis sufrirla, porque hay libertad de cultos, y ellos no

ven en el vuestro mas que una farsa. Todo es hasta acostumbrarse.

Es preciso que para la educacion de los renegados se erija otra *Sapienza*: ¿por qué no han de tener estudios públicos en Roma? Ellos los toleran á los católicos en Berlin y Edimburgo. Aun debiérais, en rigor, permitirles que en la estampería Camerale imprimieran Biblias protestantes para repartir á los italianos; ¿por qué no? Hay protestantes que imprimen libros papistas si estos les pagan bien, y al fin . . . ; todo es hasta acostumbrarse!”

Tales son, en último resultado, las peregrinas consecuencias de esta solidaridad. Establecido el principio de nivelacion absoluta, de igualdad completa entre la verdad y el error, el Catolicismo y las sectas disidentes, y preconizado por los católicos, los protestantes y los griegos cismáticos tienen ya derecho al “*dentem pro dente, oculum pro oculo.*” Si en España no se admite la libertad de cultos, yo no la concedo á los católicos ingleses: si en España no se admite á los predicantes metodistas, yo no admito en Suecia á los Jesuitas.

Cuán absurda sea esta idea de solidaridad, lo comprende cualquiera. ¿Qué motivo hay para castigar en los católicos ingleses las pretendidas faltas de los católicos españoles? Prescindiendo de la cuestion dogmática, en la que nunca admitiremos paridad, lo que dicta la equidad natural y el sentido comun es, que si el gobierno español niega una cosa á súbditos ingleses, el gobierno inglés no la concede á súbditos españoles. Si el gobierno español permite á los ingleses que establezcan cementerios protestantes, sin culto, el inglés no debería tampoco impedir á los españoles que establezcan cementerios católicos en Inglaterra; pero si prohibiese el culto católico en ellos, no podríamos quejarnos los españoles. Si los italianos y franceses les permiten cementerios con culto protestante en ellos, ¿habrá razon para negarlo á los católicos de aquellos países porque los españoles no lo toleremos en el nuestro? Al imponer restricciones á los protestantes en España, sabemos que no podemos quejarnos (á pesar de la superioridad y veracidad de nuestra Religion) de que á los católicos españoles no se nos conceda por los protestantes lo que nosotros no les toleramos á ellos. Pero que esto sea un motivo para establecer una solidaridad católica general pasiva, y que se niegue á los católicos ingleses, daneses y prusianos lo que España no concede á los protestantes en general, seria el colmo del absurdo. Tanto valdría el exigir que un católico dinamarqués pagase las deudas de un comerciante de Cádiz á un protestante, nada mas que por ser católico el español insolvente.

Así, pues, la solidaridad católica, que basada en la razon de unidad es positiva hasta cierto punto, para sus auxilios mútuos,

para sus alegrías y tristezas, es un absurdo cuando de la vida religiosa y moral se la saca á la vida política, y se le quiere dar tal latitud, que los católicos de un país hayan de ser responsables de los aciertos ó desaciertos de sus co-religionarios en otras naciones.

Además, la intolerancia protestante y cismática tiene mucho que andar todavía hasta que pueda blasonar de haber dejado en libertad al Catolicismo; y por otra parte, siendo Roma el centro del Catolicismo, una vez que se admitiera tan exagerada y absurda solidaridad, la menor restriccion impuesta á las sectas disidentes dentro de la Ciudad Eterna seria un motivo ó pretexto para iguales actos de intolerancia en Inglaterra y Rusia.

Véase, pues, cómo no es exagerado lo que se dijo arriba, que los protestantes y cismáticos querrian hacer en Roma otro Vaticano protestante al lado del Vaticano católico, ora para sobrepujar al Catolicismo, ora para tener pretextos de intolerancia contra los católicos á la menor restriccion impuesta en Roma á los protestantes, por racional que fuera.

Si de las comuniones cristianas pasamos á los musulmanes, y aun á otros infieles y paganos, esta quimérica solidaridad traeria mayores absurdos. Los turcos podrian pedir que se les permitiera erigir mezquitas en Roma y en España, so pena de arrasar los templos católicos. Los chinos pedirian la construccion de pagodas. Pero no esto solo, sino que para permitir predicar á los misioneros católicos ó protestantes podrian exigir se permitiera predicar á los imanes, bonzos y talpines en Roma y en España; y como la predicacion pública lleva el derecho de propaganda y de conversion ó apostasia, podrian exigir tambien que el romano y español que se quisieran convertir al islamismo ó al budhismo pudieran hacerlo, pues de lo contrario se cohibiria á los misioneros católicos en aquellos países y á los que quisieran convertirse al Catolicismo.

Admitida la apostasia aun á los cultos paganos y musulmanes, la situacion de los adúlteros y concubinarios estaba legalizada. Un descreido que deseara dar rienda suelta á su liviandad, podia hacerlo con apostatar y ser musulman ó budhista. La mujer legítima reclamaria ante los tribunales: el marido contestaria secamente:—Soy libre para seguir el culto que quiera: he dejado de ser cristiano: hace quince días que soy musulman, y vivo con arreglo á mis creencias religiosas.—El Juez, respetando la *religion* y la *moral* del nuevo *creyente* ó *muzlin*, le reconoceria el derecho basado en aquellas dos, dejando apenas á la mujer y á los hijos la accion civil “*ad in-demnitate*,” la cual, si el nuevo muzlin era rico, le importaria poco.

Se dirá que exagero. Una cosa es que diga cosas exageradas, otra cosa es que yo exagere. Que es exagerado lo que digo, y muy exagerado, ya lo sé; pero estos absurdos, estas exageraciones son consecuencias precisas de un principio falso, exagerado y absurdo. Si las consecuencias son lógicas y precisas, cúlpese al que sentó un principio de exageracion, pero no al que saca esas consecuencias exageradas. Yo pongo el espejo delante: ¿qué culpa tengo de que ellos se vean deformes?

La verdad en esto es bien sencilla, clara y precisa. Los protestantes, los cismáticos, los infieles y racionalistas, se han opuesto, se oponen y se opondrán á la propagacion del Catolicismo, como este se opone (pero con razon que Dios reconocerá en su dia al que la tenga) á la propagacion de sus errores. Cuando el Catolicismo crece, se le conceden, á mas no poder, algunas franquicias lentamente y de mala gana; franquicias y tolerancia *arrancadas* mas bien que *concedidas*. A su vez el Catolicismo, cuando los herejes y los infieles son muchos, tiene que conceder *pro bono pacis*, segun la doctrina de San Agustin y Santo Tomás, algunas franquicias, que se le *arrancan* tambien, con harto dolor suyo, dolor justo, muy justo, porque son concesiones al error, y *ad vitanda majora mala*; pero, concedidas, las respeta.

En tal concepto, la pretendida solidaridad está basada en un principio de necesidad, y nada mas que de necesidad.

Así lo comprenden los impíos modernos; cuando por todos medios tratan de corromper los ánimos, ridiculizar el culto católico, desprestigiar á sus ministros, poner en tela de juicio todos los derechos del Catolicismo, y hacer al pais escéptico en materia de Religion. Adelantada su obra de iniquidad y de perversion, llega un dia en que se pasa revista á todas las huestes descreidas, y entonces se dice al gobierno:—“Ya somos muchos! Toléranos.” Y ¿cómo será intolerante con la existencia del error el gobierno que toleró la propagacion del error?

¡Cosa rara! y entonces se concede la libertad de cultos á los que se rien de todo culto, y se restringe esta libertad á las comuniones cristianas, cuando los que han pedido la libertad de cultos ya no son cristianos. A esto se reduce la preciosa conquista del siglo XIX.

§. 39. Actualidad y porvenir de Europa bajo el aspecto religioso y social.

Hay en la atmósfera política y social en estos momentos cierta pesadez, cierto malestar general, que indican la proximidad

de una gran tormenta. Se han sembrado vientos, y se acerca la hora de recoger tempestades. De dónde vendrán estas, sobre qué descargarán, cuáles serán sus resultados transitorios, cuáles los duraderos, no es fácil de adivinar.

Que la Iglesia padecerá en esta borrasca, me parece muy probable; en cambio es indudable que no naufragará en ella. La palabra de Dios está empeñada.

Que varias instituciones humanas van á desaparecer y ser relegadas á la historia, tambien me parece indudable. Tan gangrenadas y corrompidas se hallan, que solo Dios Omnipotente pudiera restaurarlas por un milagro, que probablemente no hará. A favor de estas instituciones humanas, no tiene empañada su palabra.

En medio de esta deshecha borrasca, la Iglesia tiene ya poco que esperar de las monarquías europeas, tal cual están hoy dia. Harto harán ellas en defenderse. Antes llevaban la cruz sobre la corona, ahora la mayor parte de ellas han metido su diadema dentro de un triángulo, que no es el de la Santísima Trinidad. De príncipes afiliados en la francmasonería, la Iglesia, claro está, tiene muy poco que esperar y mucho que temer (1). Las regalías en sus manos fueran un sarcasmo sangriento; seria lo mismo que conceder á la francmasoneria el patronato de las iglesias: el lobo guardando la grey.

Si la democracia europea tuviera condiciones de vitalidad, ó comprendiera sus verdaderos intereses, hubiese continuado llevando la máscara de religiosidad y catolicismo; que representaba veinte años há, y que en España ha sostenido hasta el de 1860. Pero es muy difícil hacer por largo tiempo el papel de hipócrita. Dios lo dispuso así en sus altos juicios; pues si la democracia europea no hubiese arrojado tan pronto la máscara, y si en vez de ser hipócrita hubiera sido verdaderamente católica, es muy posible que á estas horas contara en sus filas millones de católicos.

¿Cual es hoy dia la posicion de estos en casi toda Europa? ¡Triste es decirlo! El indiferentismo político. Nada esperan ni de las monarquías ni de las democracias; tan corrompidas y tan descreidas las unas como las otras; y como el hombre necesita creer, se avivan las creencias religiosas en la proporcion que se amortiguan las políticas.

Al poner sitio los romanos á Jerusalem, se marcharon los cristianos de aquella ciudad. No debian ir con los romanos, porque hubieran sido traidores: tampoco quedarse en la ciudad apoyando á los facinerosos. ¿Qué remedio? En vez de ser romanos ó judíos, fueron cristianos.

(1) Véase en los apéndices el artículo sobre la francmasonería.

La mayor parte de los católicos en Europa se hallan hoy día políticamente en el caso de los primeros cristianos.

¡Cosa estraña! Algunos deseos de Lamennais se van á cumplir pronto, pero no en la forma que él quería. No es el Papa el que se pone al frente de los pueblos contra las monarquías: son algunos monarcas los que empujan al Papa hácia los pueblos, olvidándose de que el Catolicismo consta de doscientos millones de católicos, mas ó menos tibios, mas ó menos fervorosos, para la mayor parte de los cuales la forma de gobierno civil es indiferente, siempre que ese gobierno civil no sea impío.

Las groserías de Choiseul, José II, Aranda, Pombal y otros con el Papa precedieron á la Revolucion francesa. ¿Será parecido el año 1893 al 1793? ¿Se adelantará?—No lo sé; pero el 1865 es parecido al 1765, al menos en España.

Hace ciento y un años que los ministros de Cárlos III exageraban la regalía del *Exequatur*.

Hace cien años que Campomanes publicó su *Tratado de amortización*.

Hace noventa y nueve años que se encausó al Sr. Lancaster, Obispo de Cuenca.

Hace noventa y ocho años ocurrió el motin de los sombreros, promovido por el duque de Alba contra Esquilache, y atribuido calumniosamente á los Jesuitas.

¿Para qué seguir buscando fechas y analogías?

Dejémosnos de querer penetrar en un porvenir oscuro, y en cambio consignemos unas cuantas verdades.

A la Iglesia no le han de faltar nunca persecuciones.

A pesar de estas y de *jugar siempre en pura pérdida*, como dirian Febronio y Lamennais, durará hasta la consumacion de los siglos.

La Iglesia se atempera á toda clase de gobiernos.

La Iglesia tiene ya poco que esperar de las monarquias.

Las democracias modernas son descreidas é impías.

La Iglesia no humillará su frente ante la impiedad roja ni ante la hipocresía coronada.

Cuando el sol del Evangelio se pone en un lado, amanece por otro.

La Iglesia agradece los favores que se le hacen.

La Iglesia retira sus favores á los ingratos.

Lo que existe por concordato ó contrato, no existe por privilegio.

Las revoluciones son en el órden moral medios de purificacion, como las tempestades.

Las tempestades son pasajeras en lo fisico y en lo moral.

Despues de la tempestad, brilla el sol mas claro.

"Post nubila Phoebus."



CAPITULO SESTO.

La pluralidad de cultos bajo el aspecto historico, principalmente en España.

§. 40. Idea de este capítulo.

En el propósito de tratar de la cuestion de la unidad religiosa y de la pluralidad de cultos y sus inconvenientes bajo todos conceptos, preciso es tambien abordarla bajo el aspecto histórico; pero aquí me arredra no lo difícil, sino lo vasto del asunto: preciso es ceñir á un capítulo materia que podia y debia ser objeto de un libro, mucho mas habiendo de tratarla no solo bajo el punto de vista española, sino tambien de la historia general y de lo que se llama *Filosofía de la historia*.

Queda concluida con el capítulo anterior la parte que se puede llamar *jurídica y general*. Resta ahora la *histórica y particular de España*. Preséntanse aquí una multitud de cuestiones históricas graves y complejas. Persecuciones sufridas por los cristianos españoles, conversion de Recaredo y formacion de la nacionalidad española bajo la unidad religiosa, bautismo de los judíos por Sisebuto, pérdida de la independencia en la invasion de España por los árabes, conducta páfida de los judíos en aquella ocasion, persecuciones sufridas por los mozárabes, matanzas de judíos por moros y cristianos, fundacion de las coronas de Asturias y Sobrarbe al calor de la Religion,